

RELEGADOS EN PISAGUA

A 162 kilómetros al norte de Iquique, Pisagua es un pequeño poblado con no más de 80 habitantes, casi todos pescadores artesanales. Para llegar allí hay que viajar 40 kilómetros hacia la costa, desde la Panamericana, por un camino malo y peligroso que baja siempre hacia el mar.

Es una cárcel natural.

Allí viven actualmente 34 relegados, junto a otros seis detenidos por delitos comunes, a cargo de gendarmería.

Estos nuevos habitantes de Pisagua, temporales, son 32 mujeres y dos hombres, con una

edad media de 25 años. La mayoría universitarios, excepto dos dirigentes del carbón de Lota.

Doce de ellos fueron detenidos días antes de la marcha, en sus propios domicilios, torturados e incluso alguno abandonado en Valparaíso. Proviene de comunidades cristianas de base, de la JOC, de organizaciones nacionales. Algunos ya estuvieron relegados antes.

"Ahora no los mandan a pequeños pueblos del interior, porque uno de ellos es suficiente para agitar a todo un pueblo. Por eso están aquí juntos y aislados", nos dijo el padre Angel Fernández, oblato de María Inmaculada, español, que está hace ocho años en Chile y dirige el Departamento Laboral del Obispado de Iquique y el área de marginados.

El padre Fernández trabaja con los gremios de Iquique ofreciendo seminarios de capacitación sobre las leyes laborales y la doctrina social de la Iglesia. Hay profesionales locales que colaboran incluso en los programas de sanidad y de defensa jurídica.

También colaboran en programas de vivienda, especialmente después de las tomas de terrenos tratando de evitar las erradicaciones, fomentando las organizaciones comunitarias y ayudando a buscar soluciones propias.

A los relegados les llevan alimentos aportados por la comunidad local y otros organismos de Santiago. Cada semana transportan los alimentos suficientes para una dieta equilibrada que recibe cada uno de los relegados en Pisagua. Les ayudan a organizar actividades culturales y deportivas. "Ellos están conociéndose, nos dijo, trabajando en común y aprendiendo mucho. Es una buena experiencia para ellos. Hay de todo: comunistas, socialistas, gente de comunidades cristianas, incluso un pentecostal. Están viviendo una experiencia fuerte de comunidad, con buenas relaciones entre ellos".

Por su parte, Jorge Silva, que colabora en este trabajo del Obispado de Iquique, nos señaló que la gente está tomando conciencia de la situación de estos relegados y apoyan con dinero, ropa y alimentos, a veces de manera anónima.●

REVISTA DE PASTORAL DE
LA IGLESIA DE CHILE.
"SERVICIO"

Nº 73 MAYO 1983.